

Don Quijote, caballero en la guerra y en la paz

Manuel FERNÁNDEZ NIETO
Universidad Complutense de Madrid

Miguel de Cervantes, tal como se observa en el primer capítulo de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, comenzó su obra trazando de forma paródica la imagen tradicional de un guerrero medieval, un caballero andante a quien reviste de todas las características que sobre los héroes, literarios o reales, se habían ido acumulando en relatos y antiguas crónicas. Don Quijote muestra en su presentación el calco de un ideal caballeresco pero, poco a poco, nos muestra que su mente, no la de enajenado sino la de cuerdo, pretende realizar una misión mucho más amplia.

Cervantes se vale de su personaje para romper con algunas costumbres y prejuicios de entonces, incluidos los que marcaban al hombre por su nacimiento, por su condición social. De aquí que Alonso Quijano, un pobre hidalgo manchego, se haga a sí mismo Don Quijote; nos dirá “cada cual es hijo de sus obras”¹, y por ello busca que sus acciones siempre estén al servicio del bien. La decisión personal del hidalgo al escoger la profesión de la caballería andante marcará su destino. Alonso Quijano hecho don Quijote, elegido el oficio de las armas, quiere desterrar “la mala simiente de la faz de la tierra”(I, cap. 8). Así Cervantes, mediante el recurso paródico, intenta lo mismo que pretendieron los buenos libros de caballerías en serio: ofrecer a los lectores un modelo de conducta personal que empleaba todo su esfuerzo en mejorar la sociedad.

¹ Las citas del texto proceden de Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición crítica y comentarios de Vicente Gaos, Madrid, Gredos, 1987 (I, cap. 4, se repite en I, cap. 47). En la Edad de Oro, frente al concepto medieval, el hombre alcanzaba la nobleza no por el linaje sino por sus hechos.

Todo este proceso e intención cervantina se desprende de los distintos apartados que componen el capítulo primero de la novela. El autor en el epígrafe ya nos indica que “trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo” y, tras el enunciado, escribe la frase inicial “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Este punto no señalado por el escritor ha suscitado numerosas hipótesis que van desde la interpretación literal a fabulosas lucubraciones. En general, los estudiosos del *Quijote* han intentado identificar el no citado lugar con distintos pueblos no sólo de la Mancha sino fuera de ella. Así Luis Astrana Marín, el más prolífico biógrafo de Cervantes, cuando habla de Esquivias le da el sobrenombre de “un lugar de la Mancha”, y piensa que se ocultó el lugar de partida del protagonista por ser éste un trasunto de don Alonso Quijada, tío de doña Catalina de Palacios, mujer del novelista. Es decir, en caso de aceptar esta teoría, a la que recientemente vuelven algunos críticos en sus estudios, la patria de don Quijote estaría no sólo fuera del Campo de Montiel, única determinación geográfica clara en el relato, sino incluso de la Mancha ya que Esquivias pertenece a la Sagra de Toledo. Otros pueblos señalados como naturaleza del buen Alonso Quijano quedan también fuera del citado Campo de Montiel: son Argamasilla de Calatrava, Tirteafuera, Quintanar de la Orden, Mota de Cuervo, Miguel Esteban, Alcázar de San Juan y Santa María del Campo Rus, en la Mancha Alta de Cuenca².

La opinión más extendida y comúnmente aceptada, aunque sin argumento fehaciente que lo confirme, es que el Ingenioso Hidalgo salió de Argamasilla de Alba. El mapa de España utilizado desde 1550, con varias ediciones, sitúa el Campo de Montiel al este de Alcázar de San Juan incluyendo en él a Argamasilla. Es posible que Cervantes hubiese utilizado esta publicación y de ahí provendrían ciertos errores geográficos. La principal razón a favor de Argamasilla de Alba es que Alonso Fernández de Avellaneda dedicó su *Quijote apócrifo* al “Alcalde, Regidor y hidalgos, de la noble villa de Argamasilla, patria feliz del hidalgo caballero Don Quixote de la Mancha”, palabras que reitera el texto que sigue y, más adelante, se repiten en el capítulo primero. A esto se uniría el hecho de que Cervantes cerró la primera par-

² Véase Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Reus, 1951, tomo III, p. 509 y IV, pp. 7-69. Para Diego Perona Villarreal, *Geografía cervantina*, Madrid, Albia-Espasa, 1988, don Quijote también parte de Esquivias. Sobre otros puntos señalados como “lugar de la Mancha”, véase Manuel Fernández Nieto, “Para una Ruta del Quijote: la primera salida”, en *Dicenda, Cuadernos de Filología Hispánica*, Universidad Complutense, Madrid, n.º 17, 1999.

te de su libro con unos versos burlescos de los “académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha”. Para Martín de Riquer ésta es suficiente razón para creer que Argamasilla es el lugar, corroborado por el hecho de que Cervantes, al criticar el *Apócrifo*, no desmintió el origen argamasillesco de su protagonista³. Pero no pasemos por alto que, al final, el autor deja que “todas las villas y lugares de la Mancha” contiendan por ahijárselo y tenerse lo por suyo, sin fijar concretamente el pueblo.

Argumentos a favor de Argamasilla, hoy desechados por falta de documentación, son los que facilitaron don Vicente de los Ríos y don Martín Fernández de Navarrete en sus biografías de Cervantes, en donde recogen una supuesta prisión del escritor en la llamada casa de Medrano⁴. La adscripción de esta ciudad al mito quijotesco se amplió cuando el infante don Sebastián Gabriel de Borbón compró la citada casa y el impresor Rivadeneyra y el dramaturgo Juan Eugenio de Hartzenbusch publicaron allí la considerada edición romántica del *Quijote*⁵. Hoy, lamentablemente, esta supuesta prisión de Medrano ha perdido su identidad al ser reedificada sin respetar en absoluto su antiguo carácter y su ya sedimentada leyenda. Otro argumento a favor de Argamasilla de Alba como patria de Don Quijote es el anónimo cuadro de su iglesia con el retrato de don Rodrigo de Alarcón a quien se supone inspirador de Alonso Quijano. Sería otro modelo para unir a don Alonso Quijada Salazar, el pariente de la mujer de Cervantes, al que ya nos hemos referido al hablar de Esquivias.

La razón más convincente para explicar la indeterminación del lugar de partida del hidalgo manchego es de carácter literario: la narración se basa en el género de novela de caballerías para ser su antítesis y si, con frecuencia, se olvida esta primordial intención cervantina se debe a que el resultado sobrepasó, en mucho, el motivo elemental de la génesis quijotesca. Por tratarse de una parodia caballeresca se presentan en la novela de Cervantes los mismos elementos que conforman aquellas narraciones aunque en clave burlesca: la armadura, el caballo, el escudero, su dama y, por añadidura, su

³ Véase Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, edic., introduc. y notas de Martín de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, I, p. 5.

⁴ Véanse Vicente de los Ríos, “Vida de Miguel de Cervantes Saavedra”, en Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Ibarra, 1780, y Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Imprenta Real, 1819, pp. 95-96.

⁵ Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Argamasilla de Alba, Imprenta de D. Manuel Rivadeneyra (casa que fue prisión de Cervantes), 1863.

nombre y patria. La primera frase es ya un contraste a la precisión con que se relata cuanto el hidalgo come y viste, lo cual da al lector sensación de realidad frente a las fantasías caballerescas. En cambio, si algo estaba minuciosamente descrito en estas novelas era el lugar y la genealogía del héroe; en *Amadís de Gaula* se dice “Deste valiente y esforzado caballero[...]quiero que sepáis cómo y en qué tierra fue engendrado y por quién...” A todo ello parece aludir Cervantes en el diálogo entre el canónigo y don Quijote, capítulo cincuenta de la primera parte, en el cual, tras afirmar el primero que los libros de caballerías son falsos y disparatados, responde el hidalgo manchego que: “¿Habían de ser mentira y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo o caballeros hicieron?”. Obsérvese que dice *el lugar* marcando lo que ha sido el principio de la novela. De esa forma la parodia quijotesca se presenta todavía más acentuada y la razón literaria para no fijar el punto de partida parece ser la más adecuada.

A esta indeterminación sucede una descripción sorprendentemente realista: el anónimo hidalgo tenía su lanza colgada en una percha (*astillero*) por tanto sin uso y comía de ordinario *olla*, equivalente al actual cocido pero con carne de vaca por ser ésta más barata que el carnero citado, con las sobras se realizaba el *salpicón*, tomado por las noches; los sábados *duelos* y *quebrantos* que, al parecer, se componía de huevos revueltos con la grosura de los animales; los viernes *lentejas*, consideradas entonces como provocadoras de melancolía y culpables de hacer “soñar sueños muy desvariados y espantosos” y *algún palomino de añadidura* los domingos. Este pobre manjar consumía las tres partes de su hacienda cuyo resto agotaba su mísero vestido⁶.

La descripción del hidalgo es parodia de un guerrero medieval: su edad, cercana a los cincuenta años, era totalmente inadecuada para ejercer la profesión de las armas en un momento en que ésta se basaba en la fuerza física pero es que, además, era *de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro*, prácticamente la contrafigura de un héroe caballeresco. De la misma

⁶ V. Helena Percas de Ponseti, *Cervantes y su concepto del arte*, Madrid, Gredos, 1975, pp. 37-39; Manuel Fernández Nieto, “La gastronomía del Quijote” en *Cervantistas en la Mancha*, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 1993, pp. 53-89, y “Dos aspectos de la vida cotidiana en la época de Felipe II a través del Quijote (vestido y comida)”, en *Actas del Congreso Internacional “Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía”*, Departamento de Historia Moderna, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, Madrid (en prensa).

manera que no conocemos de dónde es tampoco sabemos su apellido: Quijada, Quesada, Quejana... porque lo que nos interesa es el acto por el cual este pobre hidalgo elige cambiar su vida sedentaria por el oficio militar, decisión trascendente que le obliga a cambiar de hábitos y de nombre. Todo ello se produce como consecuencia de creer que son ciertas las fantásticas aventuras leídas en los libros de caballerías. El afán de don Quijote no resultaría extraño a muchos de su contemporáneos; es sabida la afición hacia estos relatos del emperador Carlos V cuyas empresas bélicas encierran ecos caballerescos. También San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Ávila se dejaron influir por semejantes lecturas y quizás de ellas recibieron el aliento literario para sus fundaciones religiosas, verdaderas milicias para lo divino, al igual que algunos conquistadores del Nuevo Mundo lo hallaron para el valor humano.

El viejo y tranquilo hidalgo, enajenado por estas novelas y sus enrevesados argumentos, decide "hacerse caballero andante, e irse por el todo mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama" (I, cap. 1). La paradoja de la decisión reside en que este buen hombre pretende realizar una labor encomiable y, en cambio, este acto se tiene por locura. Incluso para los alienistas la forma de actuar de don Quijote es una paranoia denominada "autóctona", sin embargo cualquier persona de bien comulga necesariamente con los ideales que alentaban su empresa⁷.

En cualquier caso don Quijote decide hacerse caballero para defender a los débiles y restaurar la justicia y esto lo pretende realizar con la fuerza de su brazo, mediante las mismas armas con que guerreaban los héroes medievales. Era un desatino puesto que ya era pasada la época de los torneos y la lucha cuerpo a cuerpo había cambiado con la utilización de las armas de fuego. Pero en la mente del hidalgo estarían muy presentes los grabados que poseía en su biblioteca, tal como se relaciona en el *escrutinio de la librería* del capítulo sexto, y que ilustraban los relatos de Amadís, Belianís, Florisel y tantos otros guerreros representados con sus espléndidos arneses a lomos de magníficos caballos y, a imagen de estos, dispone su transformación en caballero.

⁷ Véase Juan Antonio Vallejo Nájera, *Apología de las patografías cervantinas*, discurso del Excmo. Sr... en la Real Academia de Medicina el 23 de abril de 1958. Madrid, Imp. Góngora, 1958, pp. 32-33.

Lo primero que hizo fue limpiar las armaduras de sus bisabuelos que, lógicamente, estaban en desuso. Era éste un elemento cómico en el que repararían los lectores de la época; don Quijote vestía un arnés de fines del siglo XV o principios del XVI, años en que se fecha la novela, cuyas piezas “limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo”, que no sería mucho puesto que cuando Sancho desarma a don Quijote éste se halla “todo bisunto con la mugre de las armas” (II, cap. 18). Cervantes pone de relieve lo inaudito de su vestidura cuando escribe que el ventero: “viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete” (I, cap. 2) estuvo a punto de burlarse aunque, por miedo a desatar su ira, se detiene.

Por tanto, lo primero que hace nuestro hidalgo manchego es vestirse para la guerra, de acuerdo con las prendas e instrumentos bélicos de que disponía aunque ya arrumbados por su ineficacia. Suponemos que don Quijote tendría en casa restos de distintas armaduras españolas de fines del XV, caracterizadas por su sencillez de líneas frente a las italianas engalanadas de acuerdo con su pasado clásico. Barcelona, Navarra, Murcia, Calatayud o Segovia competirían en la fabricación de estos atuendos que, en los siglos XVI y XVII, van complicando su ornamentación.

El arnés de don Quijote debía de ser de los simples, de peto y espaldas lisos con pequeñas hombreras y brazaes bastos, y poco resistente, como se infiere del golpe propinado por el colérico vizcaíno “el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que a no volvésele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle aquel lado” (I, cap. 9). También se alude a la armadura en los siguientes pasajes: “Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó a subir sobre Rocinante” (I, cap. 10) y, más adelante, cuando los galeotes le derriban “quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grebas no lo estorbaran” (I, cap. 22) o sea que debía de cubrirse los muslos y las pantorrillas enteras puesto que los forajidos no consiguieron desprenderle de las calzas pero no se llevaron ninguna pieza del arnés quijotesco, quizás por considerarlo inútil.

En ningún momento del relato se hace referencia a qué llevaba el hidalgo de la Mancha en las manos que, normalmente, se cubrían con *manoplas* o *guanteletes*. No las protegía puesto que en la aventura de los carneros se cuenta que “llegó en esto una peladilla de arroyo y, dándole en un lado, le

sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó, sin duda, que estaba muerto o malferido y, acordándose de su licor, sacó su alcuza, y púsose a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas, antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza, tan de lleno que la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano” (I, cap. 18).

Más extraño, todavía, es que no haya referencia en toda la novela a qué calzaba don Quijote. Los pies se protegían con los denominados *escarpes*, muy puntiagudos y calificados *a la poulaine*, que por sus connotaciones sexuales fueron atacados por los moralistas, o *de pie de pato* o *ánade* así designados porque ensanchaban su final. Dada la dificultad para caminar con semejante calzado debemos suponer que nuestro caballero llevaba puestos sus citados *pantuflos de velludo* que ridicularizarían aún más su figura.

La protección de la cabeza queda muy especificada al señalar que sus armas no tenían “celada de encaje” que era un casco con una pieza ancha o falda para proteger el cuello y que *encajaba* con la coraza del pecho, sino un *morrión simple*. Es lógico que don Quijote, hidalgo de pocos recursos económicos, tuviese esta pieza habitual en el siglo XVI entre caballeros, susceptible de ser liso o ricamente adornado. El morrión del manchego, por su pobreza, es simple por lo que intenta transformarlo, mediante trozos de cartón, en una celada con *visera de papelón* practicable, su correspondiente *ventalle* y su *babera*. Así se describe en el texto “porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión hacían una apariencia de celada entera” (I, cap. 1). Se trata de otra prenda ridícula ya que con elementos tan distintos no se podía formar un objeto resistente y manejable, prueba de ello es que cuando le desarmaron las doncellas de la venta “aunque le habían quitado el peto y espaldar, jamás supieron ni pudieron descajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes” (I, cap. 2). Su aspecto todavía resultaría más extravagante cuando cubre su cabeza con un objeto, tan común entonces y tan poco apto para su protección, como una bacía de barbero, conformadora de la imagen tradicional del Quijote.

Uno de los aspectos sorprendentes de la transformación guerrera del hidalgo manchego es que no se describa ni se denomine a su arma ofensiva a la que, en definitiva, confía su destino. Don Quijote sale de su lugar “puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo”, es decir inicia su misión con la lanza que tomó de su astillero o lancera y que, efectivamente, es citada en varias

ocasiones. Así cuando llega a la venta, imaginada castillo, en donde piensa ser armado caballero, colocó su arnés “sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió su lanza, y con gentil continente comenzó a pasear [...] y con sosegado ademán, unas veces paseaba; otras, arriado a su lanza, ponía los ojos en las armas” (I, cap. 3). Con ella golpeará a los arrieros que intentan acercarse al pozo para dar de beber a sus mulas; la pierde poco después del encuentro con los mercaderes cuando, tras caer al suelo, “un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose a él, tomó la lanza y, después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera [...] y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído” (I, cap. 4).

Al principio de su segunda salida pierde otra lanza, lógicamente tomada de su casa, en la famosa aventura de los molinos a los cuales “con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero” (I, cap. 8). Concluido el trance recupera su destrozada arma de la siguiente manera: “Aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado” (I, cap. 8). Esta improvisada defensa es pronto sustituida pues “llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza” (I, cap. XVIII). Podría tratarse de un lanzón corto, propio de campesinos, como el que poseía Juan Haldudo, el rico labrador de Quintanar del capítulo cuarto, y que guardaría el ventero para su seguridad; sin embargo, por la facilidad con que nuestro hidalgo lo quiebra en el encuentro con los cuadrilleros, podemos suponer que era de los de soldado, de fuste delgado y largo, mucho menos resistente que los utilizados por la gente de campo puesto que se dice: “don Quijote, alzando el *lanzón*, que nunca le dejaba de las manos, le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que a no desviarle el cuadrillero se le dejara allí tendido; el lanzón se hizo pedazos en el suelo” (I, cap. XLV).

La espada, su otra arma ofensiva, tiene escaso relieve a lo largo del relato. Sabemos que don Quijote la posee porque para probar la fortaleza del morrión en su casa *sacó su espada* y la lleva consigo puesto que en la venta, para él castillo, donde piensa recibir la orden de caballería, tras atacar con

la lanza a los arrieros, al verse amenazado por toda la gente “embrazó la adarga y, puesta mano a su espada” se dispuso a defenderse. Su misma arma sirve también para la falsa ceremonia de la investidura pues el ventero: “leyendo en su manual, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada” (I, cap. 3). A ella se alude poco después, en el momento en que el vizcaíno reta a don Quijote diciéndole: “si lanza arrojas y espada sacas, [...] Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida.” Hasta quedar con las espadas en alto (I, cap. 8).

Nuestro hidalgo manchego poseería una espada de acuerdo con sus medios y clase social; podría ser de las llamadas de lazo, así denominadas por las complicadas vueltas de su empuñadura, sustituidas a fines del XVI por las de cazo, cazoleta o taza. En el caso de ser la suya propia, no de sus antepasados, quizá fuera de éstas últimas, utilizada con especial denuedo cuando “apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno [...] como si cayera sobre él una montaña” (I, cap. 9). Se alude a la espada a lo largo del relato, pero sin darle un especial relieve ni nombre propio, en contraste con otras famosas armas de caballeros⁸.

Para completar su estrafalaria figura de guerrero, y como arma defensiva, llevaba primero una *adarga*, calificada de antigua al iniciar el relato. Efectivamente este escudo de forma oval, hecho de pieles sobrepuestas, tenía larga tradición entre los españoles, fue adoptado por los árabes y llevado por los cruzados en tierras orientales. Con él realizó don Quijote la primera salida pues luego, a partir de la segunda, “acomodose asimismo de una *rodela* que pidió prestada a un su amigo” (I, cap. 7). Era la rodela de forma redonda, con un diámetro que no solía exceder de los sesenta centímetros, de fino metal y fue la defensa habitual de los soldados durante los

⁸ Don Quijote no posee una espada con nombre determinado, tal vez por influencia de *Amadís* que tampoco la denominaba particularmente. Véase al respecto: Martín de Riquer, “Las armas de Amadís de Gaula”, en *Boletín de la Real Academia Española*, LX, 1980; Luis Andrés Murillo, “La espada de don Quijote (Cervantes y la poesía heroica)”, en *Cervantes su obra y su mundo*, Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes, Madrid, Edi-6, pp. 667-680 y José María Campoamor, “La espada de don Quijote”, en *Anales Cervantinos*, tomo XXV-XXX, 1987-88, Madrid, C.S.I.C., pp. 113-116.

siglos XV y XVI, hasta que las armas de fuego las hicieron inútiles por lo que resultaba en manos del hidalgo manchego otra pieza totalmente anacrónica⁹.

Complemento imprescindible de todo guerrero medieval era el caballo al cual, por su compañía y valor, daba su propietario un destacado afecto. En tiempo de don Quijote había perdido su importancia bélica aunque continuaba siendo apreciado y, sobre todo, era objeto de una atención especial por parte de los textos épico-caballerescos, desde Babieca, caballo del Cid, a Briogliadoro, de Orlando o el mismo Bucéfalo de Alejandro recordado por nuestro hidalgo. No extraña, por tanto, que después de procurarse mediante el vestido y las armas apariencia de caballero, buscase un caballo y, al no disponer de él ni tener medios para conseguirlo, se le ocurre que puede servir su *rocín*, pero bautizándolo de forma semejante a los que conocía por sus lecturas puesto que iba a convertirse en *compañero eterno* en los caminos y andaduras. Cervantes, con el acierto que tiene para los nombres le denomina *Rocinante*, antes rocín o el primero de los rocines, adquiriendo categoría de personaje, casi protagonista en algunas ocasiones, a lo largo de la narración.

La elección de su nombre de caballero de nuevo enlaza con la parodia puesto que se denomina a sí mismo Quijote, palabra derivada de la pieza del arnés que cubría el muslo, añadido el sufijo *-ote*, aplicado normalmente con sentido despectivo o ridículo. Para sus coetáneos esta palabra sonaría a una término parecido a *don Muslote* o *don Pantorrillote*. Con el determinativo *de la Mancha* sucedería algo parecido ya que este territorio, hoy mitificado por la novela, es descrito por los antiguos viajeros como una tierra árida y pobre, de caminos polvorientos y desiertos y ventas desabastecidas. La Mancha es el escenario menos adecuado para encontrar aventuras semejantes a las descritas en los libros caballerescos sin embargo, gracias a Cervantes, esta región alcanzará categoría universal y mucho más eco que consiguieron Gaula, Grecia, Hircania o Bretaña. Don Quijote, por último, para conformar todo su mundo de guerrero literario medieval inventa su ideal amoroso. Está encarnado en esa labradora de un lugar cercano al suyo y a la que, necesariamente, tenía que cambiar el nombre de Aldonza, vulgar entonces por varios dichos que circulaban, en *Dulcinea del Toboso*, otro de los indudables aciertos cervantinos que le permiten no sólo la parodia caballeresca sino

⁹ Véase Enrique de Leguina, *Las armas de don Quijote*, Madrid, José Blass y Cía., 1908; Martín de Riquer, *L'arnès del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*, Barcelona, Ariel, 1968 y Mercedes González de Amezúa del Pino, "Armas y armaduras", en *Historia de las artes industriales y aplicadas*, coord. A. Bonet Correa, Madrid, Cátedra, 1982.

también la de todo cuanto se había transmitido como tópico en la literatura cancioneril y amorosa.

De esta forma tan peculiar el pobre hidalgo manchego se nos ha convertido en don Quijote, en un *caballero andante*; en un *guerrero que cabalgando*, viajando, conoce gentes y tierras diversas. Aparece así el ideal renacentista centrado en el viaje, en el caminar de un lugar a otro para perfeccionar y enriquecer al ser humano¹⁰. Es una opinión procedente de la antigüedad clásica, Estrabón dice que: “Los héroes eran singularmente sabios porque peregrinaban por muchos lugares, atravesando largos caminos”, idea tomada por Cervantes en *El licenciado Vidriera* cuando afirma que “las largas peregrinaciones hacen a los hombres discretos”¹¹. Por eso cuando don Quijote *inicia su camino de caballero, como guerrero armado, no emprende únicamente una andadura material sino, y es lo relevante, un acto que le conducirá a ser más discreto, con el significado de inteligente y con las connotaciones que encierra el término. En definitiva es dar valor a las letras, a lo leído en sus libros que para don Quijote, como para sus contemporáneos, es motivo de distinción, de superación de lo habitual con el orgullo que sentían aquellos capitanes que sirvieron al Emperador, desde Boscán y Garcilaso a Francisco de Aldana y Cristóbal de Virués, compañeros de armas de Miguel de Cervantes.*

Pero don Quijote, una vez creado como caballero en la guerra, piensa ante todo que la reforma del hombre y, por extensión, de la sociedad sólo se puede realizar desde “el esfuerzo” y por ello toma su determinación bélica, quiere afianzar un mundo justo aunque lo cierto es que en ese momento sus armas eran inútiles, inoperantes, ya que se hallan de pleno uso las de fuego.

El hidalgo manchego de las muchas lecturas ha extraído la conclusión de que el caballero por su aspecto externo muestra su cualidad moral y “por de fuera”, según se decía, se observa que su armadura es más una actitud que una realidad; su caparazón es de guerra pero su actitud interior es de paz. De

¹⁰ Véase José Antonio Maravall, *Utopía y contrautopía en el Quijote*, Santiago de Compostela, Edit. Pico Sacro, 1976, pp. 111-147.

¹¹ Encontramos la cita en *Obras de Garci Lasso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera*, Sevilla, Alonso de la Barreda, 1580; de aquí pudo tomarla Cervantes ya que, como es sabido, utilizó de este libro la dedicatoria al marqués de Ayamonte para redactar la suya de la primera parte del *Quijote*. Véase Miguel de Cervantes Saavedra, *Novelas ejemplares...*, *El licenciado vidriera*, *Obra completa*, 8, edic., introd. y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza, 1996, p. 72.

aquí que se nos presente caballero en la paz y venza más con la palabra que con las armas. Si don Quijote se preocupa por su aspecto es porque en los tratados militares se indicaba muy claramente que los caballeros deben lucir con sus armaduras, lo cual es lo mismo que mostrar mediante el aspecto su virtud guerrera, mas su intención es persuadir sin llegar a la violencia.

La doctrina tradicional es la misma que expone don Quijote cuando indica que en un caballero andante deben ir juntas “las cuatro virtudes cardinales y las tres teologales” (II, cap. XVIII) y su misión, recogiendo la doctrina de San Pablo, debe ser la de favorecer a las viudas, huérfanos y desvalidos, ayudando siempre a los inferiores y, sobre todo, a mantener la justicia¹². “De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones” (I, cap. 50), todo esto es, según el propio hidalgo, tras reconocerse caballero andante; es decir, después de su dedicación a las armas, de su profesión caballeresca.

El ejercicio de las armas es el que lleva a don Quijote a sustentar unos valores morales que no son sólo cualidades profesionales del militar, sino virtudes del hombre: guerra para la paz. El hidalgo de la Mancha nos indica con toda claridad que el hombre valeroso lucha para vencer no para matar mientras que el cobarde procede de forma contraria. Don Quijote afirma que siempre saldrá vencedor y esto hace que no sea necesario para él eliminar al contrincante. Ésta es su intención y por ello pretende crear un nuevo orden social con su sola presencia. Así le sucede en su primera aventura con el mozo Andrés que, sin llegar a saberlo, será un fracaso, con los mercaderes, los molinos, el vizcaíno y un largo etcétera.

Don Quijote es un caballero en la paz ya que, en ninguna de las dos partes del relato, mancha sus armas de sangre. Hiere y alancea al aire puesto que en toda su andadura, pese a que en algunos momentos su furia es irracional,

¹² La exigencia de poseer las tres virtudes teologales —fe, esperanza y caridad—, y las cuatro cardinales —prudencia, justicia, fortaleza y templanza—, junto con el resto de conocimientos que se citan en el capítulo XVIII de la segunda parte de *El Quijote*, no es invención cervantina ya que semejantes cualidades del caballero se enumeran en el *Llibre que es de l'Orde de Cavalleria*, de Ramon Llull (en *Obras essencials*, Barcelona, 1957, 6.ª, p. 540). Tampoco podemos olvidar otro de los libros más conocidos durante la época juvenil de Cervantes, *El cortesano*, de Baltasar de Castiglione, difundido a través de la traducción de Boscán, que describe detalladamente los atributos inherentes a todo aquel que sigue el “uso y ejercicio de las armas”. Véase B. Castiglione, *El Cortesano*, Traducción de Juan Boscán, estudio preliminar de M. Menéndez y Pelayo, Madrid, S. Aguirre imp., 1942, pp. 47-55.

abre las carnes de nadie con el filo de su espada, pues en el caso del vizcaíno si éste sangra se debe a su caída, no a la cuchillada. Sus descomunales batallas son con enemigos fabulosos, según su imaginación, desde los gigantes—molinos hasta los cueros de vino y los títeres de Maese Pedro. Don Quijote, como hombre de guerra, nunca manchó sus armas porque su verdadera fuerza fue su valor, demostrado sobradamente en las diversas aventuras y, en especial, en el episodio de los leones.

Miguel de Cervantes así, mediante la parodia de las escenas caballescas y el juego loco—cuerto del personaje, encauza a don Quijote de caballero para la guerra en caballero para la paz. Lo perdurable del hidalgo manchego son sus consejos y diálogos, la persuasión más que la fuerza, condensado su ideal en la frase que pronuncia ante los duques, tras ser reprendido de su locura por el eclesiástico: “Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno” (II, cap. 32).